

JACOBO HAZAN

(1913- 2004)



Jacobo Hazán Nahmías, nació el 10 de marzo de 1913, egresó de la Facultad de Medicina el 27 de abril de 1939 y falleció en Montevideo el 4 de setiembre de 2004. Fue un médico destacado como Cardiólogo, dirigió el Departamento Médico de ANCAP, fue Director del Centro de Medicina Laboral (CEMELA) del Sindicato Médico del Uruguay y un líder comunitario judío.

La siguiente es al transcripción del reportaje que le efectuara la periodista y arquitecta Silvia Scarlato el 4 de octubre de 1994,

publicado en *Fuera de Consulta II – Reportajes, memorias y proyecciones de nuestra Medicina.*¹

Su figura de extraordinaria vitalidad me recibió en el acogedor escritorio de su apartamento, situado en una arbolada calle del barrio de Pocitos. Hijo de inmigrantes turcos de origen judío, criado en lo que fue llamado el "gueto sefardita", la conversación nos llevó a deshilar aspectos de enorme riqueza vinculados a estas raíces, así como a pintar, a través de recuerdos de infancia, el estilo de vida de un barrio con una historia tan particular, como lo es el de la Ciudad Vieja.

Dotado de una gran claridad verbal, sus experiencias de vida descubren a un hombre que debió luchar y realizar esfuerzos para solventar su carrera. Estudioso por naturaleza, apasionado del idioma propio, lector empedernido, actualizado e inquieto, su fuerza vital, de un optimismo rejuvenecedor, hizo de nuestro encuentro una instancia verdaderamente disfrutable y amena.

¿Podemos empezar conversando un poco acerca de los orígenes de su familia?

Cómo no. Yo soy hijo de inmigrantes. Mi padre llegó a la Argentina en 1911, se casó en 1912 con mi madre y yo nací el 10 de marzo de 1913.

¿En la Argentina?

Sí, nací en la Argentina y a los cuarenta días estaba aquí en el Uruguay. Lo que ocurrió fue que estando mi padre en la Argentina, donde se desempeñaba como técnico textil, recibió una oferta de trabajo en Montevideo, por lo que se viene con mi madre, que ya estaba embarazada, comenzando una radicación que sería definitiva. Según contaban mis progenitores (se sonríe), por ser el "primerizo" mi padre atendía preferentemente los "antojos" de mi madre. Uno de ellos fue visitar a un hermano que vivía en Buenos Aires, cuando la gestación ya era avanzada. El viaje se realizó a través del río, en la época en

¹ SCARLATO, Silvia: Fuera de Consulta II. Reportajes, memorias y proyecciones de nuestra medicina. Coedición SMU-EBO, Tradinco, agosto 1996, 206 páginas; pp. 55-74.

que el pasaje de ida y vuelta en primera clase costaba cinco pesos! Como parece que era inquieto desde antes de nacer (risas), decidí hacerlo en forma imprevista y comenzar la vida en la Maternidad del Hospital Sáenz Peña. Crecí en el Uruguay que es mi país, lo de la Argentina es un mero incidente. Cuando pasó el tiempo llegué a lamentar no haber pertenecido a una generación posterior porque, entonces, habría sido como mis hijos y descendientes: uruguayo sin necesidad de explicaciones. En la escuela después que mis compañeros se enteraron – no recuerdo cómo - que había nacido en la vecina orilla, me llamaron algún tiempo “el porteñito”, lo que me enojaba mucho porque me sonaba a un insulto; la fraterna rivalidad de siempre fue la causa de muchos “cortes para la salida” y de trompadas que dí y me dieron (más risas).

Más tarde, recién ingresado a la Facultad y con 18 años, me enfrenté a la obligación del servicio militar obligatorio. Como no me sentía argentino me pareció que no tenía sentido perder un año de estudios, por lo que me convertí en “desertor”. Recién cuando me casé, a fines de 1937, me enteré de que unos meses antes me había beneficiado con una ley de amnistía por lo que, en viaje de novios, conocí la gran ciudad.

Sus padres eran inmigrantes...

Mis padres eran oriundos de un pueblo cercano a la ciudad puerto de Esmirna, en Turquía. Mi padre recibió instrucción gracias a una organización judía creada en el siglo pasado [se refiere al siglo XIX] por filántropos franceses que se denominó “Alianza Israelita Universal”, que tenía como propósito fundamental elevar el nivel cultural de los judíos que vivían en el Norte de África, comenzando por Marruecos, Argelia y Túnez para concluir en Turquía. De este modo completó el nivel secundario en Jerusalem, ciudad a la que se trasladó muy joven por motivos familiares. Luego le dieron la opción de estudiar en un Politécnico – lamentablemente nosotros no tenemos todavía politécnicos – por lo que, cabalgando el siglo actual, se capacita en la ciudad francesa de Lyon en la producción de textiles de todo tipo, en un momento en que el maquinismo estaba en pleno auge y las fábricas surgían por doquier. Más tarde da una cantidad de vueltas (se sonrío) cual inquieto aventurero. Pasa fugazmente por Estados Unidos y llega a la ciudad de México que abandona presuroso en ocasión de la explosión xenofóbica de la revolución de 1910, recalando en la Argentina donde se encuentra con mi madre – con la que se casaría -, que había venido directamente de su pueblo natal, traída por un hermano. La vieja historia de los inmigrantes: venía primero el miembro más audaz de la familia aprobar fortuna y luego traía al resto. Los inmigrantes, los movimientos

migratorios, tienen todos la misma secuencia y la misma motivación: la búsqueda de nuevos horizontes. Parecería que muy pocos están conformes en su tierra y los uruguayos nos incluimos entre éstos, es una reflexión al pasar. Sin embargo hay gente deseosa de afincarse entre nosotros a poco que se den condiciones favorables. Somos demasiado pesimistas... vemos todo mal. No quiero decir que estamos viviendo bien en el Uruguay, pero si nos comparamos con otros países y regiones del mundo, podríamos darnos cuenta que, en algún sentido, somos privilegiados.

...A partir del año 1990 el bienestar de las poblaciones no se evalúa por el PBI ni por los niveles de exportación, sino que se mide por el "índice de desarrollo humano" creado por las Naciones Unidas. Este índice agrega al PBI los niveles de educación y la expectativa de vida al nacer. Si conjuntamos en el Uruguay estos factores estamos en el quinto lugar, si no me equivoco, después de Japón que es el primero, seguido por Canadá, Estados Unidos y Barbados. Se nos ve, por consiguiente, como un país extraordinario desde esta perspectiva. Sobre el particular habría mucho para decir, en la medida que los índices no se acompañan siempre con la realidad. Hablar, por ejemplo, de la riqueza de un país que se basa en una estabilización económica alcanzada con el "plan [Domingo] Cavallo" en la Argentina, por ejemplo, con gran disponibilidad de reservas en su Banco Central pero con el costo de jubilados que quedaron sin amparo, retaceos en la educación, pobres cada vez más pobres y ricos cada vez más ricos, suena a sarcasmo. Hay indicadores que angustian: siempre de acuerdo con NN.UU. el 80% de la riqueza del mundo está en manos del 20% de la población y el 20% más pobre tiene solamente el 1,4% de la riqueza del mundo. Es evidente que no deberían existir desequilibrios tan grandes. ¿Dónde está el remedio?... no lo sé, pero esto no significa que quedemos indolentes: un mundo más justo, más igualitario, más fraterno debería ser nuestra preocupación permanente. A veces pienso que Fosalba y su generación, con la que me consustancié tempranamente, perseguían con más ahínco y tesón el compromiso de los médicos ante estos grandes desafíos...

Recién advierto que he estado divagando fuera del tema (se sonríe); retomando mis raíces... le decía que mi padre llegó a la Argentina.

¿Su madre venía de la misma región que su padre?

Sí, del mismo pueblo como ya se lo señalé, pero no se conocían.

¡Qué fantástico!

Sí, sí. A propósito de pequeñas poblaciones me acuerdo que siendo médico, en los primeros años, conocí y atendí gente que nació, creció, envejeció y falleció en el Cerro sin venir siquiera una vez al casco viejo de Montevideo. En aquella época se viajaba al Cerro cruzando la bahía en pequeñas embarcaciones; ilas veces que habré viajado en ellas! Por supuesto que esto fue antes de que aparecieran los ómnibus, cuando disponíamos solamente del tranvía. A propósito del tranvía... - esto se lo cuento como anécdota -, soy tan viejo que conocí el tren de caballos, que era cerrado en invierno y abierto en verano... En las cuestas, por ejemplo en la calle Paraguay ascendiendo desde el Sur hasta la calle Buenos Aires le agregaban un "cadenero", o sea un caballo más para poder subir! (risas). Y lo mismo acontecía desde el otro lado de la bahía partiendo desde la vieja estación del ferrocarril. Después vendrían cambios que nos asombrarían del mismo modo que nuestros mayores se maravillaron con la lámpara incandescente de Edison o el teléfono de Bell.

Pero hoy día parece que el asombro estuviera un poco más "domado" y que hubiera una sensación de que todo es posible en esta materia...

Pero no, mire, todavía hay motivo para el asombro. Recibo regularmente publicaciones del extranjero, entre ellas la revista "Newsweek", que da un panorama bastante bueno de los adelantos que acontecen en el mundo, aunque puedan ser desde la óptica parcial de los Estados Unidos de lo que, lamentablemente, no leemos casi nada en nuestra prensa. En el ámbito de las comunicaciones, por ejemplo, están apareciendo sistemas interactivos con vistas a una difusión masiva, en los que no solamente la imagen sino también la voz se codifican y decodifican. Usted, que va a estar viva en el año 2020, no va a dejar de asombrarse si establece comparaciones, ya que todo permite vislumbrar que en dos décadas los cambios serán dramáticos. Las predicciones son extraordinarias... pero otra vez nos salimos del tema... (risas) pareciera que no quiero hablar más de mis padres... (más risas).

Usted es optimista...

¡Ah, tremendamente! Ya le dije en más de una oportunidad. Por más que parezca que retrocedemos, por más que haya grises y sombras... para seguir viviendo necesito creer que el mundo va a ser cada día mejor. No sé si mucha gente concuerda conmigo pero pienso que marchamos hacia adelante a pesar de la confusión, de la inestabilidad, de la insatisfacción. Evidentemente estamos atravesando un tiempo de cambios al que a falta de una definición mejor llamamos "post modernismo". Pero la vida no se mide en términos de una

generación y tenemos que esforzarnos por marcarnos metas claras fruto de la razón y del conocimiento. En lo personal tuve la suerte de crecer a la vera de mi padre que tenía un alto nivel de educación, que se preocupó – a pesar de dificultades económicas – para que el completar el ciclo primario me preparara para acceder al segundo nivel. Por aquel entonces la enseñanza pública era muy superior a la de hoy. Siento la necesidad de rendir tributo a un gremio que hoy está maltratado, al del magisterio. Conservo un recuerdo extraordinario de los maestros y maestras que tuve...

¿A qué escuela fue?

Fui primero a una escuela de 1er. Grado, ubicada en la calle Buenos Aires entre Colón y Alzáibar, que era mixta, hasta completar el 4º año. Después... me enviaron a una escuela de varones... discriminación al revés! (risas), que era de 1er. Grado, ubicada en la calle Cerrito, entre Misiones y Treinta y Tres.

Usted vivía en ese barrio...

Sí, me crié en lo que fue el "gueto sefardita", en el lugar en que se conjuntaron los judíos que descendían de aquellos que fueron expulsados en el siglo XV de España.

¿Es un grupo específico?

No, no es un grupo específico, ya que se caracteriza solamente por la conservación de su idioma vernáculo y por algunas singularidades menores, consecuencia del entorno en que le tocó vivir. Cuando comienza la diáspora, después de la destrucción del segundo Templo en Palestina, en el año 70, en lo que entonces era una provincia romana, los judíos se dispersan – en su gran mayoría – por toda Europa donde se los puede encontrar desde fines del primer siglo. Los que llegaron a la Península Ibérica adoptaron el español de entonces, como idioma corriente, interpolándose algunos vocablos hebreos. Brillarían no sólo en las finanzas sino también como administradores, médicos, filósofos y pensadores de relevancia. Es el caso, por ejemplo, de Maimónides o de los que se destacaron en el reinado de Alfonso "El Sabio". Con la unificación de España, con Fernando e Isabel la Católica irán al exilio expulsadas 300.000 personas. La mayoría se radica en el norte de África y se extiende hacia la región medio-oriental de Asia, bajo la protección del Imperio Otomano, mientras que un grupo reducido se asienta en Holanda y en otros países en menor cuantía, constituyendo lo que se conocería como "sefardim", de Sefarad – España, en hebreo -. Otros judíos que serán denominados "ashquenazim", de

“ashquenaz”, Alemania, se encaminan hacia el centro europeo extendiéndose por un lado a las tierras germánicas y por el otro a Rusia, adoptando como idioma el “idish” que fue en sus comienzos una suerte de dialecto judío-alemán, para constituirse luego en un idioma bien desarrollado que permitió grandes expresiones literarias en prosa y en verso. En la medida que fue hablado en innúmeros países no escapó a las influencias locales, lo que le dio cierto carácter peculiar. Estos dos grupos tienden a perder identidad en la actualidad – por razones que no vienen a cuento - , lo que ha significado la decadencia de ambas expresiones lingüísticas y su sustitución por un hebreo moderno a partir de la creación del Estado de Israel. Creo, que otra vez me he extendido demasiado en la respuesta... (se sonríe).

Retomando un poco sus recuerdos de infancia, ¿cómo era la Ciudad Vieja donde usted vivía?

Viví allí un tiempo bucólico... (se sonríe). Viví el tiempo de la “ciudad feliz”, el tiempo en que la moneda extranjera, el dólar por ejemplo, costaba menos que el peso. La época de la Inglaterra imperial, cuando la gente guardaba libras esterlinas de oro porque no existía el concepto remunerativo actual del interés. ¿Le cuento cómo yo edificué mi primera casa? Lo hice en base a unos ahorros que se fueron acumulando lentamente a lo largo de los años, cuando no sabíamos lo que era la devaluación y con un préstamo que me dio el BHU a ser devuelto en treinta años con un interés del 6% anual! (risas). Cosas inconcebibles pero que sin embargo acontecieron en este siglo y en este Uruguay. La desestabilización se produce después de la guerra de Corea, cuando se termina la época de las “vacas gordas”.

Volviendo a la Ciudad Vieja (risas) el estilo de vida era pueblerino, Montevideo era mucho más chico y la vida era más tranquila y disfrutable. Cuando se tiene la oportunidad de conocer otras realidades se encuentra que cuanto más grande es la ciudad, cuantas más atracciones tiene, más deficiencias aparecen en cuanto a los niveles de vida y de deshumanización. ¡Y nosotros nos quejamos aquí de los atropellos y de los asaltos! Los hechos que suceden en este orden de cosas en otras partes del mundo, en las grandes ciudades, son aterradores. Hace poco leí que una nueva modalidad de asalto en Francia, en París concretamente, es amenazar no con un revólver sino con una jeringa que contiene sangre infectada de SIDA!

¡Qué espanto!

¡Sí, sí, apareció en la prensa capitalina! Pero bueno, retornando a los barrios y la vida apacible en la infancia, recuerdo que funcionaba mucho el "boliche". Se trabajaba ocho horas, no existía el doble empleo, y en el tiempo libre – no había radio ni TV – se iba al boliche. Mi niñez transcurrió sin radio, tendría alrededor de trece años o quizás más cuando apareció la primera "a galena". Los niños nos entreteníamos jugando en la calle y los mayores, sentados en torno a las mesas de café, tomando una "grappita" o una caña. La gente se reunía en los clubes políticos del barrio, al atardecer, para tejer comentarios de cualquier cosa – funcionaban como centros sociales – hasta que llegaba la hora de la cena. La mujer estaba más encerrada en su casa, todavía no había accedido al trabajo remunerado y su función primordial era criar y educar a sus hijos, cumplir los menesteres hogareños, incluido el lavado de la ropa en las piletas colectivas y tenderla en los grandes patios centrales comunes en cuerdas que se sostenían elevadas mediante la ayuda de largas cañas, previo el blanqueado con el clásico "azul de Reckitt"

Y de niño, ¿qué juegos le gustaba practicar?

Por entonces se jugaba a la pelota en la calle, pero no fui nunca bueno para ello. Jugábamos también con trompos, a la payana con piedras o carozos de damasco, a la "arrimadita" y cuando nos juntábamos con las niñas, al "gran bonete" o a "San Martín Pescador". Algunos nos trataban – entonces- de "mujerengos" (risas).

En la etapa liceal ¿qué figuras fueron para Ud. especialmente admirables?

...De esa etapa guardo algún recuerdo gracioso... Estoy evocando a un profesor de francés, cuando era el idioma del mundo, que había colgado los hábitos en París, porque se había enamorado. Entonces se casó con la mujer de sus sueños y emigró a Montevideo. No sé cómo consiguió que lo designaran profesor de francés, pero el hecho es que, obviamente, dominaba su idioma ipero no sabía español! (risas). Entonces aquellas clases eran pavorosas y los muchachos le hacíamos de todo (más risas). Una vez hasta encendimos una fogata en el fondo del salón para que él se asustara y se fuera (risas estruendosas).

En la época de estudios secundarios, hice primero y segundo año en el Vásquez Acevedo y tercero y cuarto en el liceo Rodó.

En el Rodó conocí figuras realmente extraordinarias. Me acuerdo del director, el Dr. Lapeyre, que además era profesor de educación cívica, materia que enseñaba de una forma realmente muy singular. Recuerdo un profesor de química, Bocagge, que fue uno de los fundadores del Laboratorio Galien, que nos dejaba maravillados con las experiencias de reacciones químicas, y a un gran profesor de cosmografía, el Ing. Spangenberg. Salvo las excepciones que confirman la regla, respetábamos a todos sin necesidad de imposiciones disciplinarias. La consideración provenía de la capacidad que les reconocíamos y la forma cordial con que éramos tratados.

A usted le gustaban muchas cosas...

Sí, siempre fui inquieto y me acostumbré tempranamente a superar desafíos. Recuerdo que cuando terminó Preparatorios tenía la sensación de que era dueño del mundo, que sabía de todo (se sonríe)... Había sido un estudiante aplicado y me parecía que nada era difícil... En aquel entonces todavía no había dimensionado adecuadamente el dicho de que "el saber no ocupa lugar" o aquel de que "la vida es corta para aprender", ni tampoco la famosa sentencia de Sócrates de "sólo sé que no sé nada"! (risas). Fue una época de espejismos e ilusiones, y valió la pena porque me dio seguridad y una cierta confianza en mí mismo, lo que me permitiría más tarde superar las dificultades que aparecieron al enfrentarme a un mundo que era mucho más complejo y duro que lo que había imaginado. A pesar de todo, me he entrometido en muy variados quehaceres, no he sido monocorde...

¡Y cómo surgió la orientación hacia la medicina?

Sobre eso he pensado muchas veces... No hablaría de una real vocación, tema sobre el cual se han escrito montañas. Sin entrar a reflexionar sobre la vocación en sí misma, pienso que en mí tiene que haber influido la condición de hijo de inmigrantes, los que, casi sistemáticamente, quisieron tener un hijo "doctor", no importa en qué. Si usted revisa la historia, verá que el hombre que surge de "abajo", ve siempre en el doctor la imagen positiva de la cultura y el conocimiento asociados al éxito económico y al bienestar. Desde que su vida estuvo asociada al sufrimiento y a carencias, pretendieron que sus hijos no pasaran por el mismo trance. ¿Por qué estudié medicina y no derecho? No lo sé., probablemente porque la medicina mezclaba mucho lo científico con lo humanístico. Además los médicos, por entonces, parecían rodeados por una aureola de santidad, se los veía como seres dotados de poderes extraordinarios. Aún hoy en día la medicina no puede definirse como ciencia

porque no cumple con el rigor de la exactitud. Ojalá algún día alcance a serlo, pero para ello vaya a saber cuánto falta...

¿Usted cree que puede pasar?

Mire, me acuerdo que leía a Julio Verne de niño y todo me parecía tan fantasioso, tan lejos de la realidad, y sin embargo pude más tarde ser testigo de cómo se lo alcanzaba y superaba... uno queda con miedo de aventurar pronósticos. Pero, por otro lado, llegar a entender en lo más íntimo cómo funciona el cerebro... cuando se tiene la noción de que hay tanta cosa que no conocemos que explica todos o muchos de los mecanismos más intrincados del ser humano: cómo piensa, cómo sueña... Me parece que por más que avance la ciencia, desentrañar toda esa maraña llevaría más de un siglo. Ojalá que me equivoque y que usted, promediando el venidero pueda verlo y decir también "¡cómo se equivocó Hazán en la década del 90"! (risas estruendosas).

Pero una cosa es desentrañar los aspectos vinculados al funcionamiento del organismo vivo y otra es desentrañar cuál es su naturaleza última...

Ahí ya estamos filosofando (risas). Pero eso mantiene la inquietud del hombre... Quizás en alguna oportunidad si estos enigmas se develan desaparecerá la angustia que siempre genera lo ignoto y nos volveremos más humildes. No sé si la verdad está en el justo medio: esa es otra larga discusión aún no concluida (se sonríe), pero si hemos de hurgar en lo desconocido, hagámoslo con mesura y sin pizca de envanecimiento...

El médico, tal vez en su faceta de científico, tiene en general un gran rechazo con respecto a todos aquellos fenómenos que escapan a explicaciones puramente físicas... Por ejemplo la parapsicología, o formas desconocidas de energía...

Bueno... con respecto a la parapsicología... no siento escozor, pero le confieso que cuando me hablan de energía sí... (se sonríe). Tengo una formación convencional en medicina, entonces me cuesta creer en todo aquello en lo que no fui enseñado. Pero he tratado siempre de ser abierto y comprensivo, que no es lo mismo que tolerante, porque este es un término que por más que el diccionario le dé otras acepciones, implica conceptualmente aceptar al otro con cierta molestia o discriminación. He aprendido a ser comprensivo y en general no me gusta descalificar teorías aunque no me parezcan bien elaboradas, por lo que en algunos casos sí le diría que las "tolero" (risas).

Usted es un gran conocedor del lenguaje y de varias lenguas.

Siempre he partido de la base de que es primordial dominar, en primer lugar, el propio idioma. Hay que esforzarse por hablarlo bien, por escribirlo bien: por eso tengo siempre la última edición actualizada de la gramática de la Real Academia Española. Es decir, me preocupa ser exacto incluso en cuanto a dónde poner los acentos, las comas, y – mayormente – no incurrir en groseros errores de sintaxis. Hay gente que tiene el don especial de dominar a la perfección varios idiomas pero yo manejo bien solamente el inglés y el francés, y con dificultad el italiano y el portugués.

Retomando la cronología que veníamos trazando, usted ingresa a la Facultad, ¿en qué año?

En 1932.

Un año antes de la dictadura de Terra...

Sí, la "dictablanda" (se sonríe) y a usted, que me pidió anécdotas, le voy a contar una sobre esto. Le dije que mi origen fue muy humilde y por lo tanto trabajé desde muy niño en muchas cosas. Fui mandadero siendo niño – me acuerdo de las largas caminatas que hacía – y luego ya siendo mayor, en el año 32, me presenté a un concurso para auxiliares que había convocado la Ancap – que fue creada el 15 de octubre de 1931 -. Me acuerdo de que me inscribí y cuando estaba por hacer el concurso me enteré de que había setecientos aspirantes... ¡para treinta cargos! (risas). Entonces le dije a mi padre que no me iba a presentar, pero él me dijo: "¿Y qué pierdes en presentarte?" Entonces lo hice; ¡y entré segundo en el concurso!

¡No me diga!

Sí, habrá influido la buena formación que traía de Secundaria (se sonríe). En el año 32 trabajaba en la Secretaría del Directorio y ya había vuelto a concursar exitosamente – dos veces -, cuando me enteré de que se iba a designar un sereno en la próxima sesión del Directorio. Entonces fui a hablar con el Presidente, que fue una figura consular en la vida uruguaya, porque era nada menos que el Dr. Eduardo Acevedo y le pedí si no me nombraba a mí en el cargo de sereno. Esos cargos permitían la designación directa, en cambio los administrativos se hacían todos por concurso. Por ello el cargo de sereno me lo tenía que dar alguien de su cuota política. El hecho fue que expliqué que si no tenía ese trabajo no iba a poder seguir estudiando, y me lo dieron.

Cuando el golpe de Terra, me acuerdo que siendo ya sereno disponía de un revólver. ¡Yo no sabía ni cómo se usaba! (risas). Y una noche me puse a mirarlo y a revisarlo y se me escapó un tiro (más risas). Afortunadamente la bala fue a dar al marco de una puerta y no dejó mayor rastro.

De la dictadura de Terra recuerdo las manifestaciones en las que la Guardia Republicana llegaba a caballo para disolverlas. De aquellas situaciones me quedó el recuerdo – no las marcas – de los buenos sablazos o, mejor dicho, planchazos que recibí, cuando quise entrar a un zaguán con otros compañeros y la dueña de casa nos cerró la puerta cancel justo cuando llegaba la guardia! (risas).

...Después, ya de la dictadura del 73, me quedó un recuerdo mucho más amargo, especialmente vinculado con la Facultad de Medicina... Era por entonces colaborador especializado en lo que se denominaba Laboratorio Cardiorespiratorio, inaugurado en el año 1955, cuando fue creado el Hospital de Clínicas. Fue designado director del mismo el Dr. Jorge Dighiero – de quien había sido compañero de estudios – y a pesar de que teníamos prácticamente la misma edad, fue mi maestro y un hombre a quien respeté y acompañé siempre: con quien preparé gran parte de la carrera y con quien seguí estudiando, investigando y produciendo, sin descuidar lo gremial, en lo que nos involucramos con grandes sindicalistas desaparecidos o retirados en la actualidad. El hecho fue que me tuve que ir por no firmar la “maldita” declaración de fe democrática, mecanismo por el que se nos permitía continuar en nuestros cargos al precio de un silencio complaciente.

No lo hice, pero me quedó una amargura de la que quiero hablar ahora. No todos se jugaron por los principios, muchos agacharon la cabeza y firmaron. Los que la mantuvieron enhiesta liquidaron sus carreras, sobre todo los que eran más jóvenes. Pasó el tiempo y muchos de ellos están actuando hoy, incluso en la Facultad de Medicina con el grado de Profesores, y se los ve en las asambleas del SMU. Le confieso que si volviera a enfrentarme a la misma situación, haría lo mismo. La dignidad humana hay que preservarla. Es una riqueza que no se mide en onzas de oro. Y que en el fuero íntimo da serenidad, tranquilidad interior. En este sentido estoy en paz conmigo mismo y por la vida que he hecho. Fue una vida modesta, de trabajo: al SMU le estoy agradecido porque me lo reconoció con una distinción por méritos profesionales y gremiales. De lo que más me precio es de haber ejercido éticamente la profesión. Me retiré después de desempeñarla durante cincuenta años, desde 1939 – cuando me recibí – hasta 1989. Han pasado desde entonces unos

cuantos años y veo las cosas con otra perspectiva. Creo que la gente que fracasa desde un punto de vista moral termina por reconocerlo – más tarde o más temprano – en su fuero íntimo llegando a envidiar ¿por qué no? A los que no claudicaron en momentos cruciales. Digo todo esto porque lo siento, aún a riesgo de que suene a autoelogio (se sonríe), lo que – obviamente – a esta altura no tiene sentido.

¿Cuándo se orienta hacia la Cardiología?

Influyó mucho en ello un gran maestro uruguayo, desaparecido – lamentablemente – muy joven, que fue el profesor Raúl Piaggio Blanco... Llegó al profesorado cuando recién comenzaba a madurar y era ya una eminencia. Exigía a todos sus discípulos ser médicos generales durante un tiempo para así tener una visión global de la medicina para luego trabajar en algunos de los departamentos que había creado en su clínica, comprendiendo especializaciones diversas. Formó así grandes maestros. Neurólogos brillantes como el Dr. [Hugo] Malosetti, psiquiatras como [Fortunato] Ramírez, laboratoristas de la estatura de [Pedro] Paseyro y no quiero seguir con la lista por temor de omitir a muchos. Bajo su admonición y porque Jorge Dighiero, que fue mi gran compañero de estudios – como ya se lo dije – estaba al frente de la seccional de Cardiología, me involucré en ella. Los cambios a los que he asistido en ese campo de especialización han sido realmente espectaculares. Cuando se inicia en la década del 50 la cirugía cardiovascular, por ejemplo, se aborda el tratamiento de la estrechez mitral con la introducción del “comisurótomo”, una suerte de pequeño cuchillo, de bisturí, con el que se cortaban a ciegas, las válvulas adheridas icosa que hoy en día supone una tremenda irreverencia!

¿A ciegas?

Seguro, se introducía el dedo índice y si se podía se abría la válvula dilatándola, con todo el riesgo que eso supone: meter el dedo a oscuras dentro de una bolsa sin saber lo que se va a encontrar adentro! Cuando se fracasaba digitalmente se introducía el comisurótomo y se ampliaba el área de expulsión con pequeñas incisiones, siempre sin visión alguna. Si las incisiones resultaban desmedidas se creaba una insuficiencia mitral que podía matar mucho más rápido que la enfermedad abandonada a su evolución natural. De paso esta es una afección prácticamente desaparecida en la medida que era una de las secuelas del reumatismo articular agudo, ya casi inexistente en nuestro medio.

Yo le iba a preguntar justamente sobre los hallazgos y la evolución que ha sufrido la disciplina en sus aspectos de mayor relevancia.

Bueno, la Cardiología se benefició – en primer lugar – como toda la medicina en su conjunto, cuando aparecen los antibióticos. La desaparición del reumatismo articular agudo se debe precisamente a ellos. La disciplina progresó luego con sucesivos estudios e investigaciones que dieron lugar a nuevos equipos, cada vez más sofisticados, que proveyeron nuevos métodos de diagnóstico. Al principio fueron invasivos, agresivos, riesgosos, pero permitieron – a medida que la experiencia se acumulaba – dejar paso a técnicas externas que no lo son. Algo similar aconteció con la Cirugía: se pasó de operaciones “sucias”, paliativas, que atendían el síntoma, a técnicas reparadoras, diríase “etiológicas”, que en lugar de crear, por ejemplo, derivaciones u otros sucedáneos, erradicaban la causa generadora. Pero... en algunas situaciones seguimos siendo “invasivos”, ya que no hemos abandonado los cateterismos ni las cineangiocoronariografías. Este proceso evolutivo en la Cardiología no es un fenómeno aislado sino que se ha acompasado con el de la medicina en general y también con el de la humanidad considerada genéricamente. Parece claro hoy en día que todo el armamento medicinal de que disponemos va a ser sustituido por otros: bioquímicos, enzimológicos, o mediante correcciones genéticas. Este último campo está todavía en sus albores con posibilidades que sobrepasan la más fecunda imaginación. Con todo – y aquí tocamos lo filosófico – habrá que tener cuidado para [que] lo que el hombre crea no concluya en su propia destrucción. Es algo que por momentos asusta... Pensar que la novela que fue éxito de la librería en su tiempo, “Los niños de Brasil”, que semejava una fantasía – la generación de seres superiores en serie – es hoy tecnológicamente posible...

Y aquí pueden encontrarse aspectos controversiales de la vida: cuándo y cómo surge, incluso religiosos con toda la visión particular de la Iglesia Católica. Volvemos a aquello de que hay que buscar un equilibrio, no soluciones ideales “a priori” en un mundo conflictivo, sino de compromiso, que permitan una convivencia armónica.

¿Usted es creyente?

...(silencio)... Independientemente de un rito determinado, en los últimos años tengo la sensación de que hay un poder sobrenatural. Es contra toda formación científica... pero me parece que hay “Dios” y en la medida que es un concepto dogmático, no me pregunto por qué... Es decir, va en contra de mi racionalidad

– he sido un ser racional toda mi vida - ... entonces no lo puedo explicar... Quizá será porque el mundo es tan complejo y asusta tanto esa complejidad, que se recurre a una vía de salvación, se busca a alguien que sabe más que nosotros en quien podemos confiar, que tiene las verdades y las respuestas en la mano y por ello resuelve todas las cosas... Es – por otra parte – Dios como supremo hacedor quien nos da a elegir entre el bien y el mal con sus matices propios de cada religión. También – a veces – queremos ser perdonados, asumir y saldar errores cometidos. Al hombre le hace bien sentirse liberado, ya sea por el perdón de sus iguales, en cuyo caso es una aceptación de los demás o el de alguien que tiene un poder de absolución que los mortales no poseen... Le vuelvo a decir, otra vez, que todo esto es irracional. Puede que sea una posición cómoda... un modo de evasión.

Y en lo personal ¿qué explicación le ha dado usted al fenómeno de la vida, como gran misterio que se nos abre a todos?

Hay una cosa que tengo clara. La vida independientemente de sus misterios se hizo para hacer cosas, para vivirla con intensidad. Es también aquello del poeta “vivir se debe la vida de tal suerte que viva quede en la muerte”. No concibo al hombre que respira automáticamente y que no tiene noción de lo que hace, o al hombre que se aburre porque no tiene nada que hacer. Sobre todo porque interesarse no tiene un valor puramente especulativo sino que requiere compromiso... Ya lo dijo Fosalba con su pensamiento ennoblecedor que todavía nos sigue iluminando. Fui contemporáneo de Fosalba: me vinculé espontáneamente al SMU siendo estudiante, en junio de 1937, y asistí a la concreción – más tarde – del Palacio Sindical, fantasía, quimera, que – como él decía – se realizó... ¿Se da cuenta de dónde partimos hablando y a dónde llegamos? (risas). Si usted quiere – a propósito de la religiosidad – podríamos decir que ante la visión, la grandeza, la luminosidad de Fosalba hemos hecho de él una suerte de adoración, de culto. Lo de Dios es diferente: es la respuesta a lo no imaginado, a lo no acaecido, a lo que no podrá ser...

Volviendo a sus actividades, nos quedó por la mitad su carrera en Ancap, donde llegó a Director del Departamento Médico...

Como ya le conté, fui sereno a partir del año 1932. En 1937 me presenté a concurso de practicante interno en el MSP y obtuve el segundo puesto; estaba cursando el 5º año de medicina. Por entonces, el Servicio Médico de Ancap había crecido en importancia y necesitaba un practicante para las plantas industriales que, del punto de vista sanitario, estaban a cargo de enfermeros..

Todavía no se concebía tener médicos para esa función. Tuve que luchar para acceder al cargo, porque me enfrentaba – de nuevo – a una designación de “cuota política”. Primó el hecho de que, por aquel entonces, se me consideraba con cierto cariño, como consecuencia de haber iniciado una carrera administrativa que apuntaba como exitosa, trocándola por un cargo de servicio para seguir estudiando.

Cuando me recibí, en 1939, quedé un tiempo como médico en lo que entonces era el Departamento de Combustibles, luego de lo cual pasé a desempeñarme en el Servicio Médico propiamente dicho. Con el correr de los años quedó vacante la posición de Segundo Jefe del mismo a la que accedí por selección calificada. Posteriormente al quedar libre el puesto de Director (la terminología se había modificado) ya tenía acumulados méritos suficientes en lo interno y alcanzado cierto nivel en lo estrictamente médico, por lo que la designación resultó natural. Lamentablemente dejé el cargo, otra vez, por culpar de la dictadura a partir de su inicio en 1973.

Tuve enormes dificultades... En los comienzos del gobierno de fuerza la Facultad de Medicina exhorta a los médicos leales a los principios democráticos a abandonar todos los cargos dependientes del Poder Ejecutivo. Honestamente a mí – como a muchos otros – nos pareció una “quijotada” sin sentido porque los mismos, obviamente, se iban a llenar con otros designados “a dedo” entre simpatizantes, que los hubo, y que lo mejor era que permaneciéramos ocupándolos quienes estábamos desempeñándolos legítimamente. Recuerdo que tuve que hacer una defensa muy enérgica en una asamblea que se desarrolló en el salón de actos de la Facultad, que terminó finalmente sin adoptar una resolución concreta sobre el particular. Si bien no se nos exigió un juramento similar al que enfrenté en el Hospital de Clínicas, la situación se volvió insostenible porque a los médicos se nos militarizó. Quedé dependiendo de un Coronel del Ejército que exigía no sólo disciplina, sino que aplicara sanciones, por cuestiones nimias, al personal técnico cuyos integrantes obviamente no eran mis subordinados sino mis colegas. Entrar en detalles tomaría mucho tiempo y evocaríamos hechos que ya nos hemos acostumbrado a soslayar. Digamos que si no queríamos quedar asfixiados o terminar vaya a saber cómo, lo mejor era irnos y lo hicimos en la primera oportunidad que se nos dio en el año 1973.

Me gustaría más bien contar que en ocasión de dictarse por la OPS en el año 1972 un curso de Administración de la atención médica y hospitalaria, limitado a veinte médicos, logré ser admitido en el mismo y lo completé, porque entendí

que si estaba dirigiendo un servicio de atención en policlínicas, domiciliaria y hospitalaria, era fundamental que me beneficiara del mismo adquiriendo conocimientos que me permitieran un manejo más racional del conjunto. Muchos de los que se diplomaron conmigo fueron, posteriormente, destacados directores de los sanatorios del CASMU.

Esa experiencia me fue tremendamente útil en otro campo. Desde el año 1959 me vinculé a un emprendimiento del SMU que llegó a ser muy importante. Cuando comienzan a concretarse convenios obrero-patronales que facilitaban atención médica en situaciones de enfermedad y concomitantemente cobertura salarial mientras duraba la incapacidad, el Congreso Obrero Textil solicitó al SMU que se hiciera cargo de su reconocimiento y cuantificación. Se crea entonces, sin mayores antecedentes, una Oficina de Certificaciones y se hace un llamado para cubrir – si no me equivoco – tres cargos y lista de suplentes. Por aquel entonces la función de “certificador” no era atrayente, teniendo incluso connotaciones “policíacas”, en la medida que se lo consideraba como alguien al servicio de los patrones para perseguir a los obreros. Me encontré entre los seleccionados y llegaría después a ser Jefe de la Oficina de certificaciones, que al crecer por afiliaciones de gran cantidad de otros gremios y empresas, que alcanzaron a los 18.000, dio paso a un nuevo organismo adscrito del SMU, el Centro de Medicina Laboral.

Del cual usted fue Director...

Exacto. Adquirió gran volumen realizándose concursos de oposición para proveer sus cargos, lo que permitió reclutar a técnicos tan brillantes como para que algunos llegaran a ser, en el andar de los años, profesores de la Facultad de Medicina.

Una labor muy importante...

Sí, cómo no. Además involucramos en el CEMELA a colegas muy destacados que colaboraron en la investigación de las causales de enfermedad y su posible relación con el ambiente laboral, aspectos específicos de la Medicina del Trabajo. Se efectuaron trabajos muy importantes, muchos de los cuales fueron publicados, incluso, en el extranjero. Este esfuerzo fue liderado por la Dra. Nelly Piazza de Silva, que ha cumplido una labor de relevancia en el campo de la epidemiología a nivel nacional y en el CASMU.

En 1953 usted obtuvo el premio "Agustín Sanguinetti" por su trabajo en colaboración en aportes originales a la técnica de diagnóstico angiocardiógráfico...

Sí, es verdad. Ya le hablé de los cambios espectaculares en la medicina y recaigo otra vez en la década de los 50. Por aquel entonces quedamos deslumbrados por las investigaciones realizadas en fisiología cardíaca conducidas por un francés, André Cournand. Ello estimuló los estudios funcionales mediante el cateterismo cardíaco que – inicialmente – medía presiones endocavitarias derechas, es decir, las de la aurícula y ventrículo derechos y también la de la arteria pulmonar. Los métodos eran muy primitivos – como en todo comienzo -, por lo que nosotros medíamos las presiones en milímetros de agua y no en milímetros de mercurio. Ahora se hace con equipos automáticos, altamente sofisticados, que proveen – digitalmente – un sinfín de parámetros al instante, sin necesidad de cálculo alguno. Me acuerdo que teníamos que colocar tubo sobre tubo subidos en escaleras para ver hasta dónde ascendía la presión. Esos "aportes originales" premiados, son la consecuencia de un trabajo en equipo para iniciar la angiocardiógrafía en el Uruguay. Los primeros estudios radiológicos los hicimos con un aparato de Rayos X que ya era obsoleto en aquel momento: ¡había sido importado en el año 1910! No sé cuánta radiación sufrimos todos (risas). A menudo no nos poníamos ni el delantal ni los guantes protectores (más risas). Me acuerdo que cuando el aparato no machaba, aquí va otro recuerdo para Dighiero, éste lo hacía marchar a puntapiés (risas estruendosas). Aunque a usted le parezca mentira, así realmente aconteció. ¡Lástima que ya no queda nadie para avalarlo! El hecho fue que conseguimos trabajar al comienzo en un plano – hacíamos angiocardiógrafías planares – pero luego mediante un artificio casi "casero" llegamos al biplano, a la toma de radiografías simultáneas de frente y perfil, lo que significó un aporte original para nuestro medio si se tiene en cuenta los escasos recursos de que disponíamos. También integré el equipo que ganó el Premio Soca, con un libro sobre quiste hidático de corazón.

"Equinococosis cardíaca"...

Exacto. De tanto en tanto, hurgando en la biblioteca, miro ese trabajo y me espanto de lo atrasados que estábamos entonces. Sin embargo, en su momento fue original y significativo, no sólo a nivel nacional sino fuera de fronteras. Lo importante es que, desde entonces, hemos estado esforzándonos por hacer cosas acompañándolas a los tiempos y al progreso, y no sólo en el campo de la medicina. Hacer cosas, hacer, ha sido una suerte de obsesión que

arrastró hasta hoy, porque nos acabamos cuando nos detenemos. Hacer es insuflar vida a los objetos, es estar despiertos incluso cuando soñamos, es trabajar con las manos, pensar, cuidar a los hijos, agrandar los afectos, divertirse, tratando siempre de poner en cada quehacer lo mejor de nosotros.

¿Qué cosas le gusta hacer ahora?

Ahora, sobre todo estudiar, leer mucho en forma crítica, preferentemente sobre temáticas en las que no pude sumergirme cuando trabajaba intensamente, abrevando en otras fuentes que estuvieron vedadas porque las horas se consumían entre la práctica médica y la necesidad imperiosa de estar actualizado. Después de tantos años me volví, en alguna medida, "adicto" por lo que ahora despunto el vicio intentando mantenerme al día leyendo un poco, asistiendo a congresos y otros eventos.

Mi jornada comienza casi siempre antes de las siete de la mañana y se detiene sobre la media noche, no prolongándose, como antes, hasta la madrugada. El tiempo ocupado por los menesteres profesionales está dedicado a las nuevas preferencias, fundamentalmente humanísticas, no solamente en lo especulativo sino, además, en el accionar. También, de tanto en tanto, revuelvo entre los recuerdos y escribo algo fundamentalmente como ejercicio de la memoria, ya que no me he sentido lo suficientemente importante como para devaneos autobiográficos.

Usted tiene un hijo médico...

Sí, tengo un hijo al que se le contagió la medicina, imuy en contra de mi voluntad! (risas). Pensé enviarlo al extranjero para que estudiara ingeniería electrónica. Eso fue por el año 1954, época en la que pasé seis meses en EE. UU. estudiando. Al viajar a Boston para estar al lado del famoso Paul D. White, en el Massachusetts General Hospital, conocí –maravillándome – el Instituto Tecnológico identificado por la sigla MIT, con los adelantos que surgían o se estaban procesando en varios campos, incluido el de la tecnología. Pero... no pudo ser porque mi hijo Enrique quiso seguir los caminos del padre, no sólo como médico, sino también como cardiólogo (se sonríe). Uno de mis nietos, el hijo mayor de Enrique, continúa la tradición pero en el campo de la sexología y creo que lo está haciendo muy bien. Es una especialidad de gran porvenir.

Un tema que me ha quedado en el "tintero" y que creo que es de gran interés conversar. ¿Usted fue el primer embajador de Israel?

Esta es una larga historia (risas). No fui el primer embajador de Israel pero sí su primer representante diplomático, lo que no es lo mismo. Trataré de aclararlo brevemente, pero – de todos modos – es preciso que le relate algunos antecedentes. A comienzos del año 1944 me ví obligado, inesperadamente, a asumir una responsabilidad que estaba en manos de una persona que enfermó bruscamente quedando incapacitado para continuarla. Esta persona había sido comprometida por la Agencia Judía para palestina para constituir un Comité de Amigos, integrado por personalidades relevantes, con el propósito de promover simpatías entre el pueblo y gobierno uruguayos para la creación de un estado judío independiente. La Agencia en cuestión fue un organismo creado como consecuencia del mandato conferido a Gran Bretaña por la Liga de las Naciones – predecesora de las Naciones Unidas – en 1922, con la finalidad de crear un “hogar nacional judío” en Palestina. Asumí, entonces, la función de “Oficial de Enlace” - como se lo denominó en su tiempo – entre dicho organismo judío y el mencionado grupo de amigos que devino rápidamente en el Comité Uruguayo Pro-Palestina. Cuando ya avanzada la Segunda Guerra Mundial, la imperiosa necesidad de evacuar judíos de la Europa conculcada por Hitler, se enfrentó a enormes dificultades impuestas por el Imperio Británico, la situación se volvió crítica. La búsqueda de compromisos concretos de los países proclives a una solución favorable se intensificó y como resultado de ello – independientemente de lo que estaba haciendo el Comité Uruguayo – el 1º de julio se me designó representante de la Agencia ante el gobierno uruguayo. Cuando, finalmente, en mayo de 1948 se proclama la independencia del Estado de Israel, éste me envía en el mes de agosto a uno de los más altos funcionarios de su cancillería para negociar el intercambio de representantes diplomáticos a través de lo que se denominó “Misión Extraordinaria de Israel”, a la que fui adscripto, la que concretó rápidamente el inicio de relaciones plenas entre los dos países. Cuando el titular de la Misión regresa a Israel el 30 de agosto, me deja a cargo de la misma, hasta que el 19 de enero de 1949 presenta credenciales el primer ministro residente. Como resultado de ello es que fui el primer representante diplomático de Israel, pero no su Embajador, durante ese lapso. Con posterioridad a esa fecha me mantuve vinculado a la Embajada de Israel como Consejero Honorario, sin perder mi condición de uruguayo, hasta que en el año 1953 se me ofreció ingresar formalmente al servicio diplomático y a asumir la Embajada en México. En ese momento me di cuenta de que mis raíces en el Uruguay eran muy fuertes y tenía a mis hijos estudiando. Aceptar el cargo que se me ofrecía, comportaba – por otro lado – que cuando el mismo llegara a su término retornaría a un país al que no me había previamente incorporado. Además... lo que no era menos importante, perdería mi independencia y dejaría

de ser médico. Agradecí la propuesta pero la rechacé, reintegrándome plenamente a lo mío. Es precisamente, por ese entonces, que – para rescatar el tiempo perdido – me trasladé seis meses a los EE. UU. para estudiar en forma intensiva... ¿Terminamos? (mira el reloj).

¿Le puedo hacer solamente dos preguntas más?

Bueno, sí, si no son muy extensas... (se sonríe). Todo esto ha sido un tanto desordenado!

No se preocupe que después lo ordenamos. ¿Qué piensa usted con respecto al aborto?

(Silencio)... Mire, no es una cuestión para ser contestada rápidamente... En principio, es penoso que una mujer tenga que abortar. La mujer aborta no porque quiera sino por condicionantes sociales. En la medida que se puedan disminuir, cada vez más, las causas que conducen a la interrupción del embarazo, me voy a sentir mucho mejor. Pero, en las condiciones actuales no puedo pronunciarme en contra del aborto, si bien no lo favorezco en forma indiscriminada, con independencia de concepciones religiosas.

Dr. Hazan, para terminar, usted planteaba un gran optimismo en cuanto a la evolución de la especie humana. Sin embargo en estos tiempos algunos asistimos a hechos tan atroces como lo fueron en otras épocas remotas de la humanidad. ¿Hemos avanzado también desde el punto de vista moral?

(Silencio)... ¡Qué pregunta!... Seguramente usted sabe cuánto se ha escrito y publicado sobre el tema. Como se lo dije al principio, vivimos hoy un tiempo de indefiniciones que – a veces – se trocan en las aberraciones del posmodernismo, en el que los hombres se han vuelto iracundos, agresivos. Las masacres actuales desempolvan del recuerdo a las de Atila, a muchas otras de la Edad Media, especialmente a la de los Cruzados que arrasaron con todo a su paso. En tiempos más cercanos aparecen las atrocidades de la Conquista en nuestro continente cuando “los descubridores” en nombre de la cruz y la espada diezmaron a las poblaciones indígenas y pisotearon su dignidad. ¿Qué decir en nuestro siglo de los cincuenta millones de muertos o más que dejó la Segunda Guerra Mundial y del asesinato, de la inmolación, de seis millones de judíos resultado de una planificación fríamente concebida, mejor organizada y llevada a término con precisión casi matemática? Por supuesto que nada apunta al optimismo cuando estamos conviviendo, pareciera que con

naturalidad, con lo que acontece en Ruanda, en Tanzania, en Sudán, en Somalia, en la ex Yugoslavia desmembrada, cuando las NN. UU. se declaran incompetentes para detener las calamidades. ¿Es que hemos bajado el telón para no ver y tapado los oídos para no escuchar? Todo parecería mostrar que los seres humanos hemos dejado de lado los grandes principios y que nos hemos vuelto insensibles ante el prójimo, al que vemos como al otro, como al diferente, al extraño, a quien hay que rechazar y... hasta incluso matar.

Sí, estamos viviendo una larga noche de oscuridad, de inflexión en la evolución. Pero toda curva tiene nadir y cenit, por lo que pienso – necesito creer forzosamente para seguir viviendo – que pronto la luz despuntará en el horizonte con lo que la insensibilidad y la indiferencia darán paso a una convivencia pacífica, a una aceptación fraternal del uno hacia el otro en el marco de una adecuada justicia social, con más equilibrio y más dignidad.